Sobre *Ábaco de granizo* de Ernesto Lumbreras (México: ERA, 2022)

Probablemente algunos de ustedes se están preguntando qué hace un historiador presentando un libro de un altísimo poeta y agudo crítico literario. Podría responder con dos argumentos, siendo el primero un remoto paisanaje. Estaba yo curioseando las novedades de ERA en la pasada Feria Internacional del Libro de Guadalajara y me intrigó el lugar de nacimiento de Ernesto Lumbreras: Ahualulco de Mercado, el pueblo donde había nacido mi abuela paterna, Ignacia Madrid. Le comenté el asunto a Marcelo Uribe, quien me respondió que Ernesto había quedado de pasar por el stand; que si esperaba un rato él me lo presentaría. Obviamente lo esperé, y la verdad es que congeniamos de inmediato, a pesar de que me dijo, sin mucha convicción, que en efecto había unos Madrid en Ahualulco.

La segunda razón de que yo esté aquí es que *Ábaco de granizo* es un libro de historia, que no es lo mismo que ser una monografía de historia académica. En efecto, no se basa en materiales de archivo ni tiene notas de pie de página. Más aún, carece de personajes históricos y son muy pocas las fechas que registra. Sin embargo, uno de sus temas es describir los cambios que ha tenido Ahualulco a través del tiempo, pero también las muchas sobrevivencias del pasado que lo caracterizan. Cambios, continuidades, tradiciones, ¿hay algo más histórico que esto?, ¿hay algo más histórico en México que un pueblo de rancheros?

La lectura del libro *Ábaco de granizo* me hizo pensar en *Pueblo en vilo*, de mi maestro Luis González, obviamente basado en una rigurosa investigación y en una provechosa historia oral, registrada académicamente, de conversaciones de don Luis con familiares y vecinos, aunque también el libro debe mucho a los propios recuerdos de don Luis, a su memoria. ¿Cómo no asociar *Ábaco de granizo* con *Pueblo en vilo*, si ambos nos cuentan, sin pretensiones explicativas, las continuidades y cambios de dos pueblos del occidente del país con claras semejanzas?

Al margen del respaldo documental de uno, y de su exposición cronológica, ambos comparten 'el tono', producto de la amorosa perspectiva que tienen de su íntima experiencia pueblerina, característica que también distingue a Juan Rulfo y a Juan José Arreola, ambos nativos del occidente

mexicano, pueblerino y ranchero, más cercano a la religiosidad popular que a los discursos gubernamentales. A éstos agrego, con gusto y convicción, a Antonio Alatorre, el sabio de Autlán, según sus afortunados discípulos. Me imagino que a Lumbreras le gustará encontrarse entre estos paisanos suyos, a excepción de Luis González, aunque San José de Gracia está más cerca de Guadalajara, en todos sentidos, que de Morelia.

Claro está que cada uno de éstos tiene notorias particularidades. Me concentro en Lumbreras: sus relatos sobre Ahualulco no tienen la integralidad estructural ni el orden cronológico que le da Luis González a la historia de San José de Gracia. Lumbreras está mucho más cerca de la visión fragmentaria y poética que tiene Arreola de Zapotlán en *La feria*; obvio: más literatura que historia, pero con la suficiente historia para poder visualizar los cambios y continuidades que definen a Ahualulco.

Si bien nunca fue un pueblo protagónico, ni a nivel regional y menos aún con alcance nacional, Ahualulco tiene su historia, común a muchos otros pueblos de la región. Según nos dice Lumbreras, por boca del cronista local, de sospechosa autenticidad, Ahualulco se fundó en 1531 por el descubrimiento de unas minas cercanas y el inicio de la explotación de la caña, labores que requirieron del trabajo de hombres originarios de África, aunque más bien los imagino procedentes del Caribe. Su nombre lo hermana con un pueblo prehispánico, Ayahualulco –'lugar rodeado por el agua'– devastado apenas décadas atrás por los belicosos purépechas encabezados por Calzontzin. Como bien dice Ernesto Lumbreras, realmente se trató de una "refundación", en tanto parte de un proceso de colonización regional iniciado hacia 1525 por Francisco de Cortés, pariente del gran conquistador. A la conquista militar le siguió la conquista espiritual, llevada a cabo por unos pocos monjes franciscanos, y la conquista socioeconómica y política, con la creación de algunas encomiendas, entre las que Lumbreras destaca la de Juan de Escárcena, a partir de los habitantes de Etzatlán.

Me sorprende muy gratamente la visión histórica del poeta Lumbreras, ajena a la simplista visión jacobina y revolucionaria, revitalizada en nuestros días a contramarcha de muchos años de aportaciones sólidas y de interpretaciones tan frescas como complejas. Para comenzar, Lumbreras no hace reclamos por la Conquista y en cambio nos describe un fructífero y grato mestizaje:

> nuestros ancestros neogallegos saltarían para adelante y para atrás en las camas de indias y negras, mezclando sangres, colores de pupila y de trenza (p. 99).

Lo adelanto, mi familia es prueba y producto de este feliz juego de encuentros nocturnos. Por otra parte, el mestizaje no fue sólo racial. También

hubo un mestizaje cultural, lingüístico, religioso, económico y social. Hasta la flora y la fauna del viejo continente se mezclaron con las autóctonas.

La sabia visión histórica de Lumbreras se expresa a todo lo largo de su hermoso libro. Contra la visión congénitamente agrarista de nuestra historia, el poeta nos permite entrever una larga convivencia entre las haciendas del rumbo –destacando La Gavilana, de la familia Gallardo– y el pueblo de Ahualulco. Más aún, nos dice claramente que la animosidad de éste era con el vecino pueblo de Etzatlán, no contra las haciendas, y les puedo asegurar que estas relaciones, aparentemente contradictorias, han marcado nuestra historia, a diferencia de lo que sostiene la historia oficial. Otra muestra de sabiduría histórica, pero de ninguna manera la última: Ernesto Lumbreras no es de aquellos, lo que agradezco rotundamente, que nos quiere presentar a su pueblo como radical y como protagonista de la historia nacional.

En síntesis, Ahualulco es un ejemplo más, entre muchos, de que su derrotero histórico no ha sido definido por las tres grandes, pero lineales, transformaciones nacionales. Su descripción de la evolución política e ideológica de Ahualulco es admirable por certera y realista:

> liberal al amanecer, conservadora al mediodía, imperialista por la tarde y republicana al caer la noche (p. 11).

Por ejemplo, a finales de 1810 el cura local José María Mercado organizó una rebelión contra las autoridades peninsulares, más bien como una "réplica del mitote de Dolores, a cargo del cura Hidalgo" (p. 11). Este cura insurgente dio apellido al nombre del pueblo. Nacido en Teul, su breve campaña militar la dirigió al noroeste, ocupando Tepic y el estratégico puerto de San Blas. Sin embargo, en esta plaza hubo de inmediato un movimiento contrainsurgente, encabezado también por el cura del lugar, y Mercado murió desbarrancado al intentar huir. Como tantos, otro héroe derrotado, perdedor. Por esos días Hidalgo era derrotado en Guadalajara –en Puente Calderón–, y puede asegurarse que Jalisco no tuvo mayor protagonismo durante la guerra de Independencia, con la excepción del laguense Pedro Moreno, ancestro mío.

¿Algún hecho de importancia durante las guerras de mediados del siglo? Lumbreras anota que en Ahualulco fue aprehendido y fusilado el político liberal Ignacio Herrera y Cairo a manos del teniente coronel conservador Manuel Piélago, quien actuaba "motivado por el sahumerio de canónigos y prelados tapatíos". Sigamos el transcurso de los tiempos: dos viñetas revolucionarias nos regala Lumbreras. La primera tuvo que haber tenido lugar a finales de junio de 1914, al llegar a la región las fuerzas de Álvaro Obregón, luego de haber dominado Sonora y ocupado Sinaloa y Tepic. Sucedió que la

aristocrática familia Gallardo fue excesivamente cortés con Obregón, al grado de pedirle al general que apadrinara a un niño nacido por esos días, al que previsiblemente se le llamó Álvaro. El hecho me fascinó y me hizo recordar al célebre 'Compadre Mendoza', película dirigida por Fernando de Fuentes con base en un relato de Mauricio Magdaleno, quien siguió la misma doble conducta en los territorios zapatistas. Por cierto, en páginas memorables Lumbreras nos cuenta el trágico final de Alvarito Gallardo, cuya deformidad congénita hizo que la familia lo mantuviera al margen de la sociedad, aunque por un accidente ferroviario terminó heredando la hacienda paterna.

A su vez, Luis Manuel Rojas, nativo de Ahualulco, es mencionado 'de rozón'. ¿Quién fue el tal Luis Manuel Rojas, se preguntarán ustedes? Un imprescindible en la construcción del México moderno y contemporáneo: abogado egresado de la Escuela de Leyes de Guadalajara, desde 1909 se hizo maderista, destacando en tanto miembro del Bloque Renovador y por haber sido uno de los pocos que rechazó las renuncias de Madero y Pino Suárez. A la muerte de éstos lanzó su célebre "Yo acuso a Mr. Henry Lane Wilson" y sufrió prisión durante el gobierno de Huerta. Al triunfo del movimiento constitucionalista fue muy cercano a Carranza, al grado de que éste le solicitó que hiciera la propuesta oficial de 'Reformas a la Constitución de 1857', que fue el documento base para la elaboración de la Constitución de 1917. Más aún, los diputados carrancistas lo eligieron Presidente del Congreso, para que controlando los tiempos y tonos de los debates pudiera preservar al máximo el 'Anteproyecto de Reformas a la Constitución de 1857' que había presentado Carranza a los constituyentes pero que en rigor había redactado Luis Manuel Rojas, nacido en 1871 en Ahualulco de Mercado. Derrocado el grupo carrancista en 1920, Luis Manuel Rojas ocupó varios puestos, todos de menores a medianos, antes de fallecer en 1949. También fue el autor de un par de libros que el tiempo no ha respetado, y llegó a dirigir *El Universal* por unos años. Me repugnan los cambios de nomenclatura, por lo que de ninguna manera propondría que Ahualulco cambiara el del cura Mercado, efímero insurgente, por el de Luis Manuel Rojas, importantísimo revolucionario. Cuando más le pregunto a Lumbreras si Rojas tiene una estatua, si una plaza lleva su nombre o ¿qué tan importante es la calle que debe llevarlo?

Todavía los agitados años veinte tuvieron su impacto en Ahualulco, otra vez caracterizado por su ambigüedad política: "liberal al amanecer, conservadora al mediodía". Primero pasó por aquí el pintor David Alfaro Siqueiros azuzando a los mineros para que crearan sindicatos rojos; luego los hermanos Jorge y Ramón Vargas se sumaron a las fuerzas cristeras, aunque su lucha también fue efímera como la del cura Mercado, pues murieron fusilados en Guadalajara el 1º de abril de 1927 junto con el legendario

Anacleto González Flores. Más que sus acciones militares, a Ernesto Lumbreras le interesa la leyenda asociada a los hermanos Vargas. Según parece, todavía a mediados del siglo los dos jóvenes seguían presentándose ante doña Chayito Solórzano para pedirle que organizara grupos de vecinos que presionaran a las autoridades para que sus cuerpos fueran exhumados del panteón de Mezquitán –en Guadalajara– y fueran traídos a Ahualulco: "sólo queremos –le decían a 'la devota septuagenaria'– que nuestros cuerpos reposen aquí, en nuestro pueblo, donde dejamos el ombligo."

Aquí radica, a mi parecer, el mayor valor de Ábaco de granizo: mezclar constantemente la realidad –los cristeros Jorge y Ramón Vargas– con la leyenda, o sea, con la literatura –sus "ánimas" solicitando la debida reinhumación–, siempre en una prosa espléndida. No hay un pueblo sin leyendas; compartirlas convierte a los vecinos en comunidad. Lumbreras nos comparte varias: la de Alvarito Gallardo, deforme de nacimiento, aspirante a *dandy* y suicidado en el pozo de su hacienda por un despecho amoroso, pues Sabina, "bella chaparrita, mulata pizpireta y ojiverde, cintura de hormiga, sonrisa permanente y bailadora del son que le tocaran", prefirió irse con un torero, entre pequeño y enano, mal apodado 'el coloso de Aranjuez'.

Otra leyenda: el enano de 'andares de araña', único ayudante de don Panta, dueño del último pipón aguador, en las noches de luna llena se transformaba en un apuestísimo charro que enamoraba a las más bonitas –y adineradas– muchachas de la región. El encantamiento duraba cuatro o cinco días, suficientes para seducir a la joven elegida y lograr un placer indómito, después de lo cual venía "el retorno fatal a su condición de monstruo" (p. 35). Una más, "desaforada y fantasmagórica, picante y tragicómica" (p. 32), como las dos anteriores: la leyenda de 'El Tomaso', de quien en el pueblo se decía que era "el hijo bastardo de don Manuel Camarena, antiguo terrateniente de estos lares" (p. 105). Según Lumbreras, hubo una "venganza pública" contra el rico y poderoso hacendado: a la muerte de la madre, 'La Tomasa', después de años de mendigar por las calles, el hijo se acostumbró a dormir en el camposanto, "en el palacete sepulcral" –cripta de mármol y ónix– de la familia Gallegos, de la que Miguel Hidalgo era miembro por parte materna, y a asearse en una toma de agua pública", donde

> con paciencia de relojero se despioja la melena y ensarta con una aguja todos los piojos de su cacería, pasando por las entrañas de los parásitos un hilo cardenal. En ese collar van los piojos de varias espulgadas, confundido en su cuello con los muchos escapularios colgados por su madre (p. 106).

Otra leyenda, última que rescato, también está vinculada al camposanto, para no llamarlo panteón municipal, en el que además de alojarse 'El Tomaso'

rondaba el fantasma de un italiano turinés, que en vida tuvo el nombre de Giovanni Ronchetti y quien fuera un "ingeniero en minas que vino a morir aquí, entre los nuestros, acusado de corrupción por la Amparo Mining Company y desertor de la Internacional Comunista" (p. 93).

Como historiador, me fascinan las leyendas: son parte imprescindible de la historia y todas tienen un determinado grado de verdad y realidad. Así, Ahualulco no sería el pueblo que es sin sus leyendas. La recreación de éstas no debilita sino fortalece la visión histórica, pues las recrea como lo que son. Ahualulco es, en síntesis, un pueblo que procede de una población originaria, destruida no por los españoles sino por un pueblo prehispánico vecino. Su definitiva forma mestiza se fue consolidando a través del periodo virreinal como parte de la Nueva Galicia, y luego sobrevivió a las guerras de Independencia y la Reforma, creció durante el Porfiriato y atravesó tangencialmente la Revolución.

Con cabal perspectiva histórica Ernesto Lumbreras dice que más que estos procesos bélicos, lo que ha transformado en verdad a Ahualulco es 'la modernidad'. El caso emblemático es el de la distribución del agua en el pueblo, sacada de un manantial que pertenecía a la Hacienda La Gavilana. Durante muchísimo tiempo se distribuyó mediante burros, a los que se amarraban en sus lomos los cántaros de barro. Sin embargo

> poco después de concluida la Guerra Cristera comenzaron a circular los primeros pipones de agua engarzados a un tiro de mulas... En su época de esplendor rodaron por los empedrados pueblerinos hasta veinte pipones. Todos habilitados por el ojo de agua de La Gavilana, que se juraba invencible y eterno (p. 31).

Pues bien, el final de los pipones no lo provocó el agotamiento del venero sino la imparable modernidad; esto es, "los filtros domésticos para el agua potable que llegaba a muchos hogares o el agua embotellada" (p. 36). Además de descrito el proceso con nostalgia, la portada del libro consiste en un dibujo de Germán Montalvo de un garrafón de plástico sobrepuesto a un triste burrito aguador. Pero "la traidora sofisticación de los tiempos" (p. 54) no se limitó a acabar con los pipones: también los tradicionales huaraches, hechos en el taller de don Cuco, fueron desplazados por 'las chancletas' y los tenis; asimismo, me imagino que el estudio fotográfico del cordialísimo José Mora desapareció por la capacidad fotográfica de los teléfonos celulares.

También me imagino con problemas económicos a la fragua del Chivo Gavilanes, donde se herraban caballos, burros y mulas, como consecuencia de la llegada de los automóviles y las trocas. Por último, me pregunto si luego de las ediciones electrónicas todavía existe el estanquillo de periódicos y revistas de don Roberto Bayardo, donde los vecinos adquirían, o alquilaban,

El Informador y *El Occidental*, pero también el *Memín Pinguín*, *Yesenia* o el semanario *¡Chivas-Chivas, ra, ra, ra!*

No se me malinterprete; no reclamo el inexorable paso del tiempo ni la imbatible llegada de la modernidad. La historia es la simple, a secas, reconstrucción del pasado, pero la buena historia explica las continuidades y los cambios. Lo que en todo caso quisiera reclamar es que no aparece ni siquiera un miembro de la familia Madrid en página alguna del libro. ¿No lo merecieron? ¿Migraron hace mucho a Guadalajara, como al menos lo hizo mi abuela Nacha a principios del siglo xx, al casarse con Heraclio Garciadiego? Hasta llegué a pensar que lo de los orígenes de los Madrid en Ahualulco era otro mito familiar más. No tenía con quién "checarlo", pues mi hermana mayor, la única memoriosa de la familia, murió durante la epidemia del Covid. Sin embargo, me tranquilizó la lectura del capítulo dedicado a 'La Colorada', sobre la ferretería de don David, a quien ayudaban sus tres hijas, "bellísimas pelirrojas" con "ojos de arrayanes verdes". Aquí terminaron mis dudas: sí había pelirrojas en Ahualulco, de allí sin duda veníamos. A la familia Garciadiego Madrid la apodaban en Guadalajara "la caja de cerillos, unos prendidos y otros apagados", pues o eras canoso o eras pelirrojo, al hermano menor de mi padre lo apodaban 'el colorado', y al mayor 'el canelo'. Tengo una prima pelirrojísima y dos de mis hermanos y varios primos tienen la barba roja. Mi nieto mayor parece que será pelirrojillo. A partir de ahora, gracias a la lectura de *Ábaco de granizo* diré que desciendo de alguna de las bellísimas pelirrojas que atendían en el mostrador de la ferretería de Ahualulco.

Otra cosa tengo que agradecer a Ernesto Lumbreras. Entiendo que hoy se escriban muchos textos sobre la violencia del crimen organizado; sobre regiones permanentemente en llamas y pueblos cuyos vecinos están todos involucrados en el contrabando de drogas, las extorsiones y los secuestros. Comprensiblemente, el lenguaje en el que están escritos es violento y vulgar, propio de delincuentes y patibularios. En cambio, Ernesto Lumbreras ha escrito en un lenguaje hermosísimo un libro sobre "la provincia íntima y apacible" (p. 39), que todavía existe. Así, su descripción de Ahualulco me hizo pensar en el Jerez de Ramón López Velarde, poeta a quien tanto quiere y a quien tan bien conoce. Gracias, paisano, no te imaginas el regalo que me diste con la lectura de *Ábaco de granizo*, sobre el Ahualulco de mis mayores.

Mayo de 2023
Javier Garciadiego Dantán
Director de la Academia Mexicana de la Historia